

# Las aleluyas, precursoras de los «cómic»

La definición que da el diccionario de la palabra *Aleluya* es: voz de júbilo usada por la Iglesia, especialmente en tiempos de Pascua.

Las aleluyas tuvieron su origen, como género literario, en las estampitas religiosas que la Iglesia ofrecía en las grandes solemnidades, como las del Sábado Santo, y se repartían entre sus fieles, para ser arrojadas al paso de las procesiones en señal de alegría. Al pie de cada una había un versículo. Con el tiempo perdieron su sentido religioso, transformándose en aleluyas moralizantes y pedagógicas:

¡Escena conmovedora!  
¡Espectáculo horroroso!  
¡Ojalá que a todos sirva  
De escarmiento provechoso!

Procuremos no desviarnos  
de la virtuosa senda  
ya que escarmentar podemos  
todos en cabeza ajena.

Malos medios dan mal fin,  
esto dice la experiencia:  
que la dicha la dan sólo  
la virtud y la prudencia.

El tamaño de la aleluya era un pliego de papel de 45 ó 50 cm por 30 ó 35 de ancho, generalmente dividido en 48 cuadrículas; aunque el número de éstas podía variar. En cada recuadro había un dibujo que ilustraba el argumento. Cada una llevaba su correspondiente pie —dístico o pareado—, también podían ser tercetas o cuartetas, o escritas en prosa. En principio las aleluyas fueron mudas, dirigidas a auditorios iletrados. La fuerza de la imagen bastaba para expresar la epopeya, sucesos notorios y vidas de santos, protagonizados por personajes de la más variada catadura que la imaginación del vulgo elevaba, a menudo, a rangos heroicos. Eran interpretados por los ciegos rezadores, narradores de placeta o copleros, con su peculiar sonsonete musical que generó este tipo de «literatura de cordel»; llamada así porque sus pliegos eran colgados de una cuerda tirada de lado a lado en soportales y puertas, de plazas, mentideros y ferias.

Después, la aleluya abarcó todos los géneros y temas, reales y ficticios: históricos, biográficos, literarios, satíricos, costumbristas, caricaturescos, políticos, de bandidos, crímenes y toreros: «... muchachos desharrapados, rompían las oleadas del gentío, ofreciendo la vida de Lagartijo en aleluyas», escribió Blasco Ibáñez.

La aleluya fue el balbuceo del periodismo gráfico ilustrado. Estuvo al alcance de todos en una época poco ilustrada. El texto se aprendía, como los romances, por transmisión oral. Era también el diario de *Avisos* del pobre. A principios del siglo XVIII, divulgaron las bodas, nacimientos y bautizos reales y toda clase de acontecimientos regios y sociales. Eran, también, la enciclopedia de los menesterosos. Así, en una serie de *Sucesos memorables de España hasta 1840*, al tratar la prehistoria, la sentencia era categórica:

Sus primeros habitantes  
fueron pueblos ignorantes...

En el siglo XIX, tras el convenio de Vergara, expresaban la esperanza del pueblo:

España su dicha funda  
en doña Isabel Segunda.

La revolución de 1854, como la del 68, fue también cantada en aleluyas, con la historia de sus generales «buenos y malos»:

Vuelve con pecho sincero  
a gobernar Espartero...  
Luego en nueva reacción,  
presenta su dimisión.

A la muerte del general granadino Ramón María Narváez fue cantado en aleluyas y, en ellas se refleja la escasa simpatía que popularmente inspiraba este personaje:

Nació en Loja este varón  
con instinto bravucón.

Las campañas coloniales de Cuba y Filipinas, las de África, fueron cantadas con puntualidad. También las había sobre temas y figuras extranjeras, como Luis XVI, Napoleón I y III, Garibaldi... La aleluya se hizo eco de obras literarias, de sus héroes y autores: El Cid Campeador, Don Pedro el Cruel, Don Quijote, Los Infantes de Lara, Don Juan Tenorio, El judío errante, El Conde de Montecristo. Con frecuencia sus pareados eran de gran ingenuidad. En la *Historia de Pablo y Virginia*, uno de sus dísticos decía:

Pablo con tierno interés  
cura a Virginia los pies.

Estrecha es la relación del poeta-ciego, ciego-poeta, tanto como puede ser en nuestra época la del compositor de música con el cantante, salvo en aquellos casos en que el ciego era rapsoda, el cantautor de nuestros días. Ofrecía su producción anunciando:

¿Quién compra la obra nueva  
recién impresa y famosa...?  
¿Quién el papelito  
quiere comprar nuevo  
para llorar un rato (o reír según el caso)  
y pasar el tiempo?  
Duélanse, señores

de este pobre ciego  
y si no que el diablo  
lleve lo que veo...

Pasan los siglos y el vínculo que mantuvo el Arcipreste de Hita con los ciegos, no se diferencia de la relación de los copleros de los siglos XVII, XVIII y XIX.

La ceguera aparece íntimamente asociada hasta nuestro siglo con actividades poéticas y musicales, lo que nos demuestra que la sensibilidad de los seres privados de este sentido poseen una sutilidad cristalina para los sonidos y las voces nobles. Recuérdese que Homero, el ciego de Ermirna, narrador de las peripecias troyanas, el primer poeta griego de talla universal, era invidente. En España sería un personaje literario por excelencia; protagonista de nuestra mejor picaresca, que saca de su desgracia física el sustento. Es juglar, recita, salmodia y canta acompañándose de algún instrumento. La «sinfonía», según Covarrubias, en la Edad Media, después la vihuela y más tarde la guitarra. Su arte se va transmitiendo, de generación en generación, siglo tras siglo, hasta llegar al nuestro. Y esto se debe a que el ciego, contra lo que cabría esperar de su desvalimiento, no es una persona sedentaria, sino nómada en numerosos casos. En la memoria de todos está el ciego de *El Lazarillo de Tormes*, yendo de tierras de Salamanca a las de Toledo. A su paso por villas, villorrios, burgos, ciudades, el ciego juglar dejaba la semilla de la poesía, en cantares, aleluyas, romances, oraciones, que el pueblo asimilaba y transmitía de padres a hijos. En un principio, el modo de expresión era puramente oral, más tarde vende la mercancía impresa, que alguien leía después, en voz alta ante la concurrencia de mesones, bodegones y mentideros. Personaje inseparable del ciego es el «lazarillo». En la mayoría de los casos es un niño alquilado, confiado al ciego, el que conduce al invidente por trochas, caminos y calles, al par que carga con el brazado de aleluyas, romances, coplas y oraciones. El ciego cuelga al hombre su ligero equipaje, un fardel o zurrón, que jamás confía a nadie, pues nadie debe conocer sus secretos tesoros y sus ocultas artes de curandero y santón rezador, que extrae de su fardel, casi siempre hiperbólicamente.

A mediados del siglo XVIII, cierta cofradía o hermandad de ciegos de Madrid tenía el privilegio de recibir una corta descripción de la vida de los sentenciados a muerte para darla a sus miembros y que escribiesen alguna composición propia de la «literatura de cordel», que divulgaría luego por plazas, pueblos y villorrios el «ciego de los romances», figura arquetípica en España desde la Edad Media.

Un pintor a sueldo, con pincel tremendista, pintaría el anuncio «cartelón de ciego» con las escenas más espeluznantes del relato, que los «narradores de placeta», como gacetas vivientes, prodigarían ante populares auditorios. El lienzo, suspendido en un palo clavado en tierra, sobre cuyas imágenes iba señalando con un largo puntero, a la par que en lenguaje pintoresco y colorista, desgranaba el relato con la música de sus versos. Cuando los espectadores tenían el corazón en la boca, era el momento psicológico de vender, con ingenio y astucia, las hojas y los pliegos donde se completaba la historia, detallada, en romance o aleluya.

Esta popular literatura influyó en nuestros grandes escritores y poetas de la generación del 98 y del 27. A Pío Baroja le atraieron siempre los romances, si bien como nos cuenta su sobrino Julio Caro Baroja, en su esencial obra *Ensayo sobre la literatura de*